



LAS DOS VOLUNTADES

A LA NIÑA BLANCA GARBALENA

En la divina luz de la fe que tan pura brilla en tu alma angelical, encontrarás el mejor criterio para comprender el artículo que en testimonio de simpatía te dedica

J. C. MENA.

Pronunciarse contra las leyes providenciales, es grosera insensatez; rebelarse contra los planes divinos, es estúpida impiedad; oponerse á los designios supremos, es aberracion monstruosa; combatir la voluntad de Dios, es soberbia impotente de la voluntad del hombre.

No nos pronunciamos, pues, contra las leyes providenciales, ni nos rebelamos contra los planes divinos, ni nos oponemos á los designios supremos, ni pretendamos sobreponernos á la voluntad de Dios, sino, por el contrario,

reconozcamos la infalibilidad del Autor de toda vida, admiremos la grandeza del Omnipotente, y sometámonos con abnegacion completa á todas las condiciones que impuso á nuestro sér, el Sér de la sabiduría infinita, el Sér del amor infinito. Aceptemos, pues, con resignacion absoluta la condicion más cruel de nuestra existencia; aceptémosla con evangélica mansedumbre, porque si esa condicion procede del Sér de la sabiduría y del Sér del amor, esa condicion es ley suprema, esa condicion es necesaria para nuestro bien eterno, esa condicion es el áncora de nuestra salvacion. Aceptemos, pues, el dolor con fervorosa humildad; veamos en el dolor el resorte de nuestra redencion; descubramos en el dolor la luz del sentimiento, y entónces se tem-

plarán nuestros quebrantos, entónces se tranquilizará nuestro espíritu, entónces la desesperacion del mundo se tornará en esperanza del Cielo.

Pero si hemos de procurar resignarnos al dolor y someternos á su terrible yugo, es preciso que nos preparemos convenientemente; es preciso que hagamos esfuerzos heróicos para que ese dolor no sea producido por nuestra voluntad; es preciso que al dolor no le acompañe el remordimiento, porque entónces encontraremos en nosotros mismos la causa de nuestro infortunio, entónces no podremos derramar las lágrimas consoladoras del creyente, entónces no podremos decir con lengua trémula, pero con espíritu expansivo: ¡Señor, hágase tu voluntad!

Porque no; porque no todos los dolores son pruebas á que Dios somete nuestra fe; porque no todas las amarguras del alma son producto espontáneo de nuestro modo de ser; porque esos dolores y esas amarguras son frecuentemente efectos de nuestros extravíos, son consecuencias de nuestras aberraciones, son hechos que se derivan de nuestra dañada voluntad, y entónces nos ahogamos en la atmósfera del dolor concentrado, del dolor expiatorio, del dolor que es pena ineludible de infracciones bastardas.

Ahora bien: si el dolor es la cruz de nuestra peregrinacion terrenal; si el dolor es la condicion onerosa de nuestra existencia; si el dolor es la noche del alma, no hay para qué decir cuánto importa á nuestra ventura aliviar el peso de esa cruz, aplacar los rigores de esa condicion, y encontrar una luz que destierre las densas nubes de tan tremenda noche.

Pues bien: esos grandes problemas

se resuelven fácilmente; se resuelven con la abdicacion de la voluntad humana en la voluntad divina; se resuelven con el acatamiento á las leyes morales, con la ciega obediencia á los preceptos del Decálogo y á las prescripciones católicas, porque, bajo la tutela infalible de la Iglesia, vive pura y tranquila la conciencia humana; sin dudas que la inquieten ni remordimientos que la devoren; sin recuerdos de delirios punibles ni temores de castigos tremendos; sin que el pasado le acuse ni el porvenir le aterre; sin que la siniestra faz del dolor expiatorio sea el fantasma que le persigue incesantemente, y sin que al verse envuelta en contrariedades terribles pueda decir: ¡mi voluntad fué la causa! sino que levantándose sobre su infortunio, diga con exaltada fe y entusiasmo ardiente: ¡Señor, hágase tu voluntad!

Fácil, muy fácil es descifrar el enigma de la felicidad, tal como puede alcanzarla el hombre mientras arrastra un cuerpo corruptible y respira la atmósfera del mundo, porque esa felicidad sólo estriba en evitar los dolores voluntarios, que son resultado de nuestros extravíos morales; y esos dolores se evitan dirigiendo las corrientes de nuestro espíritu por los cauces que nos abre la religion católica; porque esa religion es la savia del alma, savia que le vigoriza con enseñanzas sublimes y sentimientos grandiosos; savia que le robustece para sujetar con férrea mano los delirios de la fantasía y los ensueños del corazon; savia que ilustra la inteligencia y que arrastra la voluntad humana con fuerza sobrenatural á las esferas de la voluntad divina.

Y cuando el hombre se persuade de

que no es él la causa de sus infortunios; cuando cree firmemente que sus quebrantos son medios de redimirse; cuando ve en sus dolores el íris de la ventura eterna, entónces no hay para el hombre infortunios, ni quebrantos, ni dolores, porque en ellos encuentra sacrificios que ofrecer á Aquel que pudiéndolo todo se sacrifica por el hombre, porque en ellos halla nuevos lazos que le ligan á Dios, porque en ellos descubre la luz de la inmortalidad.

Apliquemos nuestros principios á la vida práctica.

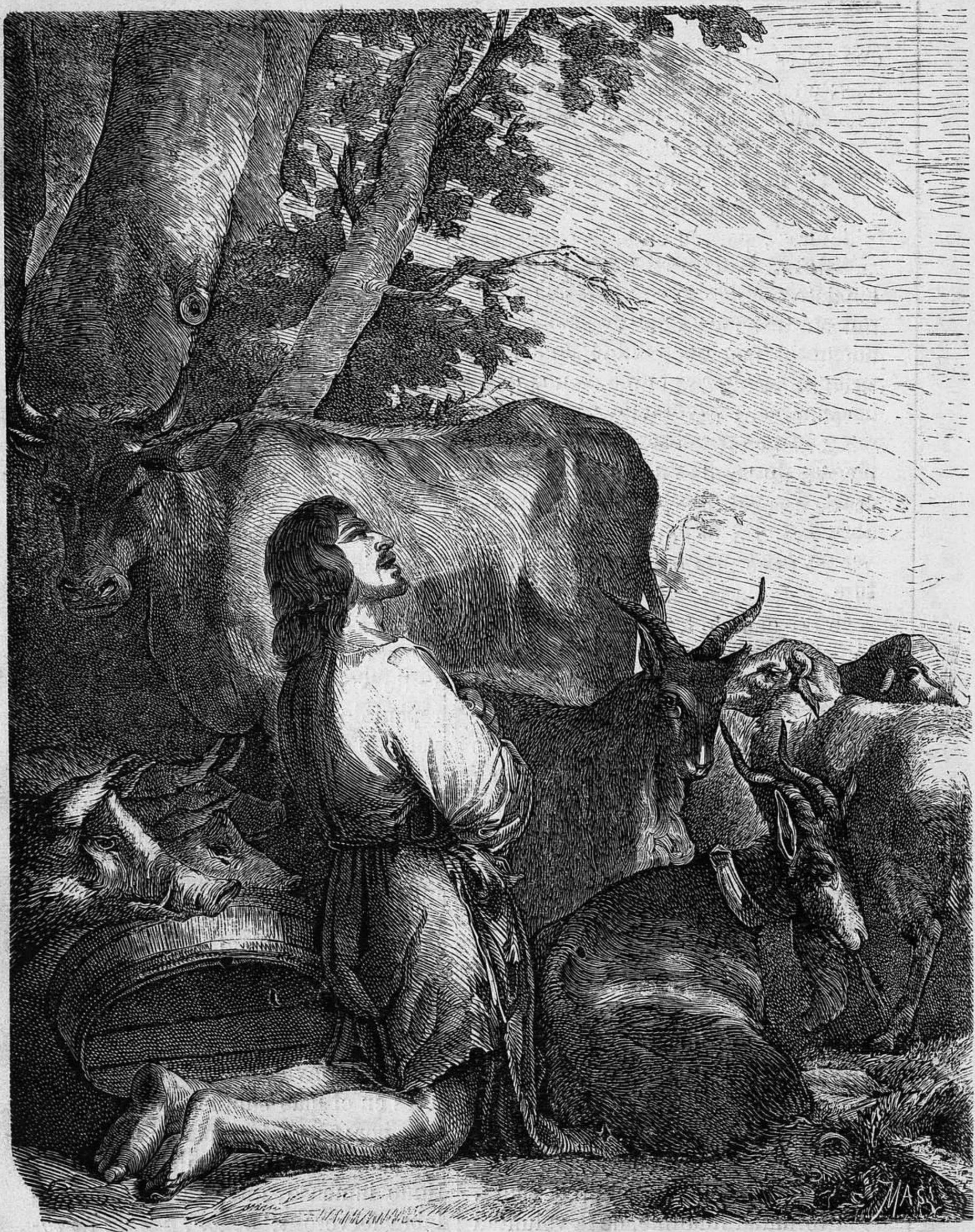
Ved á un hombre de carácter irascible, de arrogantes pretensiones, de aspecto provocador, que en todo y para todo nõ tiene más oráculo que su propia y bastarda voluntad. Vedle ardiendo en ira cuando tropieza con un obstáculo para saciar sus volcánicas pasiones. Vedle maldiciendo de todo lo más santo cuando no puede colmar sus deseos. Vedle frenético y furioso cuando sufre las consecuencias de su criminal conducta. Vedle loco y arrebatado cuando siente una herida en su corazón. ¿Por qué arde en ira, maldice, se pronuncia y arrebatata asfixiándose en la atmósfera de su envenenada existencia? Porque allá, en su propia conciencia, encuentra la causa de sus amarguras; porque sin advertirlo lo siente, porque sin darse cuenta de lo que padece, oye una voz íntima que le delata, porque, en fin, el móvil de sus dolores es su propia voluntad, su voluntad que se empeña obstinada y ciega en apartarse de la voluntad santa, de la voluntad infalible, de la voluntad salvadora. ¿Cómo, pues, de corazón tan mancillado y de lengua tan impu-

ra ha de salir la frase inefable y consoladora que arranca el gérmen del dolor de las almas creyentes? ¿Cómo es posible que el hombre rebelde á Dios se resigne al sufrimiento? ¿Cómo, siendo el sufrimiento el medio de redención, ha de aceptar el sufrimiento quien no quiere redimirse porque sus impúdicas pasiones le apagan la luz de la conciencia? Veamos, pues, en hombre semejante el ejemplo vivo y elocuente del dolor voluntario, del dolor que es consecuencia de la soberbia humana, que en nada ni para nada quiere ser la voluntad de Dios.

Por el contrario: ved en los quebrantos del creyente los milagros de la resignación; vedle aceptándolos como recursos para expiar sus culpas ó como pruebas para acreditar su fe; vedle respetando en ellos los planes divinos; vedle reconociendo su pequeñez y arrepentido de sus extravíos; vedle convencido de que su criterio es menguado y soberbio su corazón; vedle comprendiendo que su voluntad, divorciada de la divina, le precipita en los abismos del dolor sin esperanza, que es el infierno de la vida; vedle, en fin, diciendo con la muda elocuencia del silencio: «La voluntad del hombre sin el criterio religioso, conduce al sufrimiento desesperado; pero inspirada en el espíritu cristiano y en la enseñanza católica, convierte el mayor de los dolores en el más sublime de los placeres, porque no hay placer más inefable para el alma atribulada por infortunio inmenso, que exclamar con palabra fervorosa: *Señor, hágase tu voluntad.*»

JUAN CANCIO MENA.





EL HIJO PRÓDIGO

EL HIJO PRÓDIGO

Siempre la inquietud del espíritu y la codicia de los goces materiales fueron eternos enemigos de la felicidad humana. Bajo su temible imperio se agita el hombre en busca de una dicha imaginaria, atravesando con amarguras y fatigas por sitios cubiertos de espinosas flores, hasta que el desengaño cruel, á la par que bienhechor, viene á abrir los ojos de su alma para hacerle ver en dónde están el reposo y la ventura.

Oid, en prueba de esto que enseña la experiencia, una parábola del Divino Maestro en su peregrinacion sobre la tierra; parábola que es acaso una de las más bellas entre las muchas que á sus discípulos en particular, y en general á las turbas que le seguian, trataba de hacer comprender los misterios de la religion y los preceptos de la moral, acomodándose á la cortedad de sus luces y á la rudeza de su corazon.

Dirigiéndose á los escribas y á los fariseos, hablaba así con celeste dulzura:

«Un hombre tenia dos hijos, de los cuales el más mozo dijo á su padre: «Padre, dame la parte de hacienda que me pertenece.» Y el padre repartió entre los dos la hacienda.»

»No se pasaron muchos dias cuando aquel hijo más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á un país muy remoto, y allí malbarató su caudal, viviendo disolutamente.

»Despues que lo gastó todo, sobrevi-

no una grande hambre en aquel país, y comenzó á padecer necesidad.

»Derresultas, púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos.

»Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas y mondaduras que comian los cerdos; y nadie se las daba.

»Y volviendo en sí, dijo: «¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre!

»No: ye iré á mi padre y le diré: «Padre mio, pequé contra el cielo y contra tí.

»Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros.»

»Con esta resolucion se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía léjos, avistóle su padre, y enternecióronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro le echó los brazos al cuello y le dió mil besos.

»Díjole el hijo: «Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.»

»Mas el padre por respuesta dijo á sus criados: «Presto, traed aquí luego el vestido más precioso que hay en casa, y ponédsele, ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias.

»Y traed un ternero cebado, matadle, y comamos, y celebremos un banquete; pues este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha

sido hallado.» Y con esto dieron principio al banquete.

»Hallábase á la sazón el hijo mayor en el campo; y á la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile.

»Y llamó á uno de los criados, y preguntóle qué venía á ser aquello; el cual respondió: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberle recobrado en buena salud.»

»Al oír esto, indignóse y no quiso entrar. Salió, pues, su padre á fuera, y empezó á instarle con ruegos.

»Pero él le replicó diciendo: «Es bueno que tantos años há que te sirvo, sin haberte jamás desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para que me regalase con mis amigos; y ahora que ha venido este hijo tuyo que ha disipado su hacienda, has hecho matar para él un becerro cebado.»

«Hijo mio, respondió el padre, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes míos son tuyos; mas ya ves que era muy justo el tener un banquete y regocijarnos: por cuanto este tu hermano había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y ha sido hallado.»

¡Oh admirable parábola! Ella nos revela con divina enseñanza la imagen de un pecador desordenado que, tocado de la gracia por el aguijón del desengaño, vuelve por fin los ojos al que le brinda misericordia: ella nos pinta la falta, y á la vez nos anuncia el perdón como fruto del arrepentimiento.

¿Qué pretendía el hijo desdichado al pedir su herencia sino la libertad de vivir al antojo de sus pasiones? ¿Qué significa el haberse marchado á un país remoto, sino que nadie se aleja de Dios

á medias cuando se ha caído en la desgracia de perder la inocencia? ¿Qué la disipación de su fortuna, y el hambre de que se vió devorado tras de la hartura, sino el goce pasajero del pecado y las terribles consecuencias que acarrea?

Pero al encontrarse reducido á la misérrima condición de guardador de puercos, al verse sin los falsos amigos que acaso contribuyeron á su ruina, sintió penetrar en su corazón un rayo de esperanza, y volvió á Dios, figurado por su padre, la dolorida mirada. ¡Imágen elocuente del arrepentimiento y de la fe! Puso por obra inmediatamente su resolución de implorar clemencia, para enseñarnos que nada hay más peligroso que diferir una conversión, y que de poco sirven los buenos propósitos de enmienda cuando no los justifica la mudanza de la conducta. Y si en premio de su humildad; y de la confesión de su falta, y de la viveza de su dolor, halló abiertos los brazos de su padre y fué acogido entre las más alegres demostraciones de júbilo y ventura, mientras su celoso hermano observaba con despecho tanto regocijo, bien claramente nos hace ver que Dios perdona al sinceramente arrepentido, dándole por galardón una plenitud de delicias que no comprende el mezquino corazón del hombre, incapaz de penetrar en los tesoros insondables de la misericordia infinita.

¿Y qué nos enseña esta consoladora parábola cuando en la imagen del padre deja entrever la sombra de Dios? Dícenos que Dios, por más que sienta el desvío, el alejamiento del pecador, le permite usar de su libertad, aunque sea para su daño; pero que nunca deja de tocarle con las sollicitaciones de su

gracia, nacida á veces de la amargura del más negro infortunio, con la sola mira de que se convierta y viva; para lo cual tiene siempre abiertos, como aguardándole, sus brazos paternos. ¡Oh! Velad por vuestra inocencia;

pero si desdichadamente la veis un momento mancillada, acordaos de que Dios os perdonará cual padre bondadoso, si á él acudís movidos por el arrepentimiento y purificados por la penitencia.

ANTONIO ARNAO.

EL DIAMANTE

Quando veas á tu enemigo en peligro, piensa sólo en que es tu hermano y que debes socorrerle.

La verdadera generosidad, como dice un filósofo célebre, consiste principalmente en hacer bien á nuestros enemigos, porque para hacer bien solamente á los que nos aman, no necesitamos de grandes esfuerzos ni vencer ningun género de repugnancias: basta sólo ser agradecido para estar obligado á hacer bien á nuestros amigos.

Existia en una pequeña villa de la hermosa Valencia un honrado padre de familia, poseedor de un inmenso caudal. Este hombre, ya anciano, habia sido siempre un modelo de probidad y honradez, por lo que, y por su respectable edad, era tenido entre sus vecinos como el regulador más equitativo y justo de todas las buenas ó malas acciones.

Viéndose ya muy anciano y cercano á la muerte, quiso tener el placer de arreglar por sí mismo sus inmensos intereses, y ver gozar á sus hijos el fruto de su honradez y sus economías.

Con este motivo, un dia los hizo venir á su presencia, y despues de haber dividido su fortuna en tres porciones iguales, y entregando á cada uno la

que le correspondia, les dijo: «Hijos míos, ya os he repartido mis bienes segun lo manda la ley y la conciencia: réstame tan sólo un diamante de un valor inmenso, que tengo destinado para aquel de entre vosotros que sepa distinguirse por una accion noble y generosa; partid, pues, y volved á mí dentro de tres meses á participarme los medios que habeis puesto en juego para obtener el diamante, y aquel que se haya hecho acreedor á él, lo llevará en premio de su virtud.»

Los tres hermanos marcharon el mismo dia á recorrer la España, animados todos del deseo de adquirir la preciosa alhaja, y dispuestos á poner en accion cuantos buenos sentimientos se albergan en el corazon del hombre.

Apénas habian transcurrido tres meses, cuando se les vió llegar á la casa paterna, y en la alegría de sus agraciados rostros podia conocerse fácilmente que cada uno de ellos creia haber ganado el premio de la generosidad.

«Padre mio, dijo el mayor, tomando la palabra el primero: durante mi viaje me hice amigo de un jóven extranjero muy rico que viajaba tambien; varias circunstancias imprevistas le obligaron á confiarme toda su fortuna

sin haber exigido de mí la menor seguridad; mas aunque él no podía reclamarme de ningun modo la cantidad que me habia confiado, pues ni siquiera sabia el lugar donde yo residia, acabo de entregarle fielmente su tesoro, sin consentir que me diese la menor prueba de su agradecimiento. Esta fidelidad que yo he usado con él, este desinterés, cuando pude haberme quedado con todo el dinero, ¿no os parecen de bastante mérito para obtener el diamante?

—Hijo mio, respondió el viejo, en la ocasion que acabas de referir, no has hecho más que lo que debias hacer; y si hubieses sido capaz de obrar de otra manera, deberias morirte de vergüenza, porque la probidad es uno de los mayores deberes; tu accion es una accion justa, pero no una accion generosa.

El hijo segundo hizo su narracion en estos términos: «Padre mio, despues de haber atravesado una gran parte de nuestra hermosa España sin que se me presentase ocasion de ejercer una accion generosa, segun yo lo deseaba, me senté á descansar algunos momentos á la orilla de un lago. Mirando distraidamente los cambiantes que formaba el agua, vi un objeto que se agitaba queriendo sostenerse en la superficie. Fijé los ojos con más atencion, y distinguí que era un niño de corta edad que habia caido en el fango, y que estaba á punto de ahogarse.

»Ni mi pesado traje de camino, ni la triste conviccion de no saber nadar, fueron bastantes á contenerme, porque me arrojé al agua como un barbo, y logré, aunque con muchos esfuerzos, salvar al niño, que estaba ya desfalle-

cido, habiendo tenido el gusto de entregarle vivo á los sorprendidos habitantes de la aldea inmediata, y de haberme visto colmado de bendiciones de los padres del niño, que ignoraban completamente la imprudente confianza con que su hijo se habia metido á jugar en el lago.»

—Todo eso es muy bueno, respondió el anciano padre; pero no veo en todo eso más que un rasgo de humanidad: no es esa la accion generosa que os he pedido en cambio del diamante.

«Padre mio, dijo el último de los tres hijos, mi historia es muy corta, y temo que no sea bastante lo que he hecho, cuando veo que mis hermanos no han merecido el diamante. Durante mi viaje, nada me sucedió de particular; sólo un dia encontré al mayor enemigo que he tenido en mi vida, y que habiendo perdido el camino durante la noche, se habia quedado dormido en la pendiente de un espantoso precipicio.

»Al menor movimiento que hubiese hecho al despertar, hubiera infaliblemente caido al fondo del abismo. Su vida estaba en mi mano; pero olvidando en aquel momento todas las ofensas que me habia hecho, y sin recordar que era mi más cruel enemigo, me acerqué á él con las mayores precauciones, y despertándole con gran cuidado, logré evitar su muerte, recibiendo en cambio las más tiernas demostraciones de su profundo reconocimiento.»

—¡Ah, hijo mio! exclamó el padre trasportado de gozo y abrazándole tiernamente; hé ahí la accion generosa que yo os pedia, y hé aquí el diamante merecido por tu virtud.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



EL DIA DE DIFUNTOS

En este valle de miseria y llanto,
 Todo es perecedero, deleznable:
 Sólo es verdad la vida perdurable.

(Cementerio de San Luis.)

Las generaciones pasan como las aguas de un río caudaloso, renovándose como éstas, sin cesar; y el niño, el joven y el anciano desaparecen del

mundo, sin distinción de clase, sexo, ni edad.

La memoria del que fué se conserva entre nosotros, y con más motivo entre los individuos de su familia que le sobrevivieron, hasta que para estos también suena la hora terrible en el reloj de la eternidad.

Constantemente la gracia divina está presentando á nuestros ojos la sombra descarnada de la muerte: á cada momento la pérdida de uno de nuestros parientes, la de un amigo, ó un extraño, viene á recordarnos la idea pavorosa de nuestra mortalidad, el decreto inexorable del cielo, que ha de cumplirse sin aviso previo.

¡Honda verdad, que todos los dias se ofrece á nuestra mente, y de la que tan escaso fruto solemos sacar! Incierta su hora, al par que segura, no es bastante eficaz para conmover nuestro endurecido corazon.

El niño huye amedrentado del sitio en que yace un cadáver expuesto; el jóven aparta su vista de aquel fúnebre recinto, para no interrumpir las combinaciones halagüeñas de su pensamiento; y el anciano, que pisa ya los bordes del sepulcro, suele orar reverente por el alma de aquel que acaso pocas horas ántes estaba lleno de vida y de salud, empero sin hacerle estremecer las reflexiones cristianas y filosóficas que á la vista de tan triste cuadro se presentan á la imaginacion.

Y todo esto consiste en el indiferentismo con que se miran las creencias religiosas. Si éstas por sí solas, con los augustos principios que encierran, son suficientes para labrar la cultura y la felicidad de un pueblo, ¿quién podrá desconocer que fuera del catolicismo no es posible encontrar la moralidad ni la virtud?

Por eso los teólogos admiten como principio inconcuso que la idea de la muerte contribuye de una manera poderosa á la mejora y perfeccion de las costumbres; y abundando nosotros en tan sabia doctrina, hemos repetido ya en artículos anteriores que los hábitos

reconocen su origen en la repeticion de las acciones, y éstas en las ideas adquiridas y elevadas á conviccion, que vienen á formar las costumbres.

De aquí surge la necesidad imperiosa de que para ser útiles, buenas y acertadas, es condicion precisa que la causa de que emanan sea altamente moral en su esencia, en sus aplicaciones y en sus fines.

Cuando esto sucede así; cuando el elemento religioso preside á las acciones humanas, siempre veremos el sello de la verdad en ellas, porque fuera de la religion católica, todo es controvertible, vago, problemático, y los hechos que se desprenden de premisas que no llevan consigo la evidencia, son por necesidad variables ó arbitrarios.

En virtud de estas obvias máximas, no necesitamos recomendar á los padres de familia y demas encargados de dirigir la enseñanza de la juventud el más decidido anhelo para grabar en el inocente corazon de aquellos sentimientos que reconozcan por base la palabra revelada, persuadidos de que si el jóven alguna vez se desvía de la senda del deber, si por desgracia cede al influjo de alguna pasion violenta, pronto recobrará su imperio la razon extraviada, con el auxilio de los sanos principios que recibiera en la infancia, lavando su culpa con el arrepentimiento; al paso que aquellos que no han recibido una educacion religioso-moral se vician y corrompen por costumbre y por inclinacion, sin dar señales de pesar ni de arrepentimiento. La idea de la muerte es un excelente escudo contra el vicio y las pasiones. ¿Quién podrá lisonjearse de que en los supremos instantes de mayor satisfaccion y deleite, lo mismo que en los de angustia

y dolor, no pueda la inexorable Parca cortar el hilo de su precaria existencia?

Si reflexionásemos detenidamente acerca de este asunto, es indudable que otra sería nuestra vida, pues si la pérdida de uno de los más insignificantes goces que forman nuestro encanto en el mundo suele sernos siempre dolorosa, con mayor motivo lo será sin duda la idea de la anulacion completa de todos ellos en la tierra.

A pesar de tan acerbo desengaño, el hombre parece que pretende luchar inconsiderado contra la impetuosa corriente de los años; y en sus ilusiones quiere detener la marcha veloz del tiempo. Con descabellado frenesí y falsa lógica se considera dueño de cuanto le rodea, y juzga estrecho el ámbito del mundo para ostentar su vanidad, su poder ó su grandeza, afectando desconocer la impotencia de los medios humanos para conseguir una felicidad positiva y perfecta.

Conviene mucho, pues, en estos dias llevar á los niños á visitar un cementerio, y allí, en presencia de las gene-

raciones hacinadas en aquel santo recinto, inculcarles, segun el desarrollo de su inteligencia, la idea de lo que es la humanidad, y el término de la vida transitoria.

El aspecto de un cementerio es un tratado completo de filosofía y de moral, y procurando no infundirles terror y desconsuelo, pueden esplotarse en su favor las lecciones severas que encierra. Allí los sentimientos y pasiones se confunden; los timbres, los honores, el amor propio y la ambicion se estrellan; la belleza, los tesoros, el valor y el placer acaban: el que amaba y el que aborrecia, el sabio y el ignorante, el humilde y el soberbio, el virtuoso y el malvado, el creyente y el escéptico, el jóven y el anciano se confunden... Pero, ¡ah! ¡no será así por cierto en la region de la verdad y de la justicia, donde sus almas se encuentran ocupando el lugar que les haya granjeado su conducta en la tierra!

Beati mortui qui in Domino moriuntur.

M. J. PASQUAL.

LA GALLINA Y EL GAVILAN

FÁBULA

Obedeced siempre, oh niños,
á la voz del padre tierno;
y si en mal hora os disgusta
cualquiera de sus preceptos,
pensad que amor es su móvil,
amor que anhela el bien vuestro;
y en prueba de lo que digo,
venid, y escuchad atentos
lo que vi mientras un dia
descansaba al pié de un fresno.

Estaba una clueca oronda
cercada de sus polluelos,
picoteando las hierbas

que nacian en un huerto;
cuando con pena y con susto
vió al gavilan carnicero
que la acechaba en los aires,
á robárselos dispuesto.
Llama al punto á sus hijitos,
con doliente cacareo,
y bajo las anchas alas
los cobija en el momento.

Un pollito no hizo caso;
mas ¿qué pasó al inexperto?
Que del milano en las garras
halló el triste su escarmiento.

A.

(Version del italiano.)

LA HISTORIA DE ESPAÑA

(Continuacion)

VIII

LOS ROMANOS EN ESPAÑA

No dominaron los romanos en España sin grandes dificultades, porque no pudieron ver los españoles con indiferencia que la protección que Roma les había ofrecido para abatir á Cartago, se convertía en opresión interesada. El carácter de Scipion les había cautivado, porque los españoles han admirado siempre todo lo grande y generoso; pero tan pronto como aquel caudillo se volvió á Roma, dejando el gobierno en manos de dos pretores, las vejaciones fueron creciendo, y á las quejas se sucedieron las sublevaciones.

Andobal y Mandonio fueron los primeros que se pusieron al frente del pueblo, que no quería verse esclavizado, y si bien murieron ambos en la contienda, apareció Viriato, que, convertido en general desde el humilde puesto de pastor, supo derrotar á los romanos y hacerles pagar caro sus excesos.

La historia no puede ménos de elogiar el carácter de un hombre que, sin instrucción ni conocimientos militares, logró reunir miles de españoles, enardeció su corazón en nombre de la patria oprimida, y derrotó con ellos, por diversas veces, ejércitos aguerridos y comandados por los mejores generales romanos. Tantas y tales victorias consiguió Viriato, y tantas pruebas dió de valor, que no sólo los soldados roma-

nos, sino sus mismos jefes y generales, perecieron al filo de las espadas españolas.

Los repetidos triunfos de Viriato llevaron su fama y el terror á la misma república de Roma. No sólo eran valerosos los españoles de aquellos tiempos, sino que eran independientes y no toleraban, como ahora, que cuatro políticos sin escrúpulo ni fe les dividieran en partidos, que no producen otra cosa que la ruina de la patria. Querían ser todos unos, y hermanos, y españoles sobre todo. La opresión de Cartago había desaparecido, pero ahora tenían que sufrir la de caudillos romanos, y hubieran lanzado de su patria las aguerridas legiones de la república, á no haber solicitado el enemigo la paz, que Viriato no vaciló en conceder con condiciones honrosas. ¡Bueno es el carácter español para dejarse imponer condiciones! Fué Metelo al frente de un respetable ejército romano el que firmó la paz con Viriato, pactando que los españoles quedaban libres en toda la Lusitania, por dueños de su territorio, y amigos y confederados de Roma.

Un tratado tan digno no gustó al pretor Quinto Servilio Cepion, y representando al Senado de Roma que semejante pacto no convenía á su honor, le rompió, continuó la guerra, sorprendió á los lusitanos, y encontró infames asesinos que dieron de puñaladas al magnánimo Viriato en su misma tienda. Así perdió de nuevo la

libertad y la paz gran parte de la antigua Iberia.

La guerra, en efecto, se volvió á encender, pero tambien por otros pretextos. Habia admitido la ciudad de Numancia, situada cerca de la moderna Soria, algunas tropas fugitivas de la Celtiberia, que tampoco queria reconocer el yugo extranjero, y este fué motivo suficiente para que el cónsul Quinto Fulvio Nobilior declarase la guerra á tan importante ciudad. Los numantinos no permanecieron indiferentes, sino que salieron, y arrojándose al campo enemigo, le cubrieron de cadáveres. Vengaban así tanta perfidia, y aunque hubieran aceptado la paz, obtuvieron del orgulloso Fulvio la respuesta de que *Roma no otorgaba la paz á los que no se humillaban á sus piés*. Treinta mil combatientes se presentaron delante de Numancia, comandados por Quinto Pompeyo Rufo. La guarnicion de la ciudad apenas llegaba á ocho mil hombres. Pensaron los numantinos en rendirse ante lo superior del número de enemigos, pero convencidos de que les hubieran desarmado y reducido á la más negra esclavitud, determinaron al fin defenderse.

Un año seguido continuó la defensa, sufriendo terribles pérdidas, pero tambien las padecieron los sitiadores, que iban arruinándose rápidamente. En tales términos iba desapareciendo el ejército de Pompeyo, que este caudillo quiso capitular, y si bien se avinieron á ello los numantinos, celebrando que aquel general ajustase la paz y se marchase á Roma, poco duró la satisfaccion, porque vino á España el cónsul Marco Popilio, y negándose á cumplir lo pactado, rompió de nuevo con la infeliz Numancia. Repitiéronse los asal-

tos, sacaron los defensores fuerzas de flaqueza, y aún por tercera vez humillaron el orgullo de los romanos, saliendo fuera, arrolládoles y poniéndoles en vergonzosa fuga. Presentóse ante los muros de Numancia un tercer ejército, comandado por Cayo Hostilio Mancino, pero tales fueron las pérdidas que sufrió y tanto el terror que los numantinos inspiraban, que no tuvo aquel cónsul inconveniente en ajustar de nuevo la paz.

Tarea inútil. La orgullosa Roma no podia aprobarla, porque quedaba demasiado humillada, y siendo aún grande su poderío, envió el cuarto ejército á sitiar y reducir los numantinos. Setenta mil eran los romanos, que á las órdenes de Publio Emiliano Scipion rodearon la ciudad, y esperaron vencerla sitiándola por hambre.

Los numantinos ya habian sido reducidos en número, pero á pesar de todo intentaron forzar varias veces las líneas de los sitiadores, presentándoles batalla, que nunca quisieron admitir. Propusieron al fin rendirse; pero no concediéndoles Scipion condiciones aceptables, resolvieron perecer entre las ruinas de su querida ciudad ántes que reconocer su dominio. Retiráronse en medio de las plazas, en donde encendieron grandes hogueras, y lanzáronse en ellas, ó se quitaron la vida con veneno ó peleando unos contra otros; pues prefirieron morir ántes que rendirse. La ciudad se vió reducida á cenizas, y todos sus habitantes perecieron tan heroicamente despues de catorce años de guerras y quince meses de bloqueo. Tal fué el trágico fin de Numancia, célebre por el teson y el patriotismo de sus hijos en los anales del mundo entero.

IX

Cuarenta años de paz se siguieron á la ruina de Numancia; pero la España parece que está condenada á sustentar siempre en su suelo guerras intestinas ó á servir de campo de batalla para las luchas extranjeras. Cuando Sila tiranizó la república romana y desterró de ella á los parciales de Mario, su competidor Quinto Sertorio, uno de los proscritos, se embarcó para España con otros descontentos, esperando que los españoles le concederian proteccion y asilo. Así fué, en efecto. Los españoles, que se hallaban oprimidos por la avaricia de los gobernadores extranjeros, y que no recordaban aquello que vulgarmente se dice, que vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer, dieron oídos á Sertorio, que, fingiendo compadecerse, les ofreció libertarles de tan ominoso yugo. Quisieron obedecerle desde luego, y convirtiéndose Sertorio, como han hecho todos los revolucionarios del mundo, en nuevo gobernador, halagó á todos, rebajando por de pronto los tributos, alojando las tropas fuera de los pueblos, para que estos estuviesen más desahogados, y ofreció, en fin, mercedes y dicha sin fin á todos. El pueblo, inocente é incauto, lo aprobó todo de mil amores, sin reparar que iba á meterse en una guerra civil, porque no era de suponer que los que gobernaban ántes se dejasen quitar tan fácilmente las riendas del gobierno.

Bien pronto se tocaron las consecuencias de aquellas sublevaciones. Sila envió un ejército contra Sertorio, á las órdenes de Lucio Domicio, pretor de la España Citerior, pero fué derrotado al pié de los Pirineos. Otra victoria

le hizo dueño de la mayor parte del territorio, y declarándose señor de los españoles, estableció un senado, formado de trescientos nobles romanos, nombró magistrados, pretores, cuestores y tribunos que gobernasen las provincias y ciudades, estableció escuelas públicas, las mismas leyes y policía que en Roma, y armó á la romana todos sus soldados. ¿Qué habian ganado con este cambio los españoles?

Dos grandes ejércitos tuvo todavía que enviar Sila á España, y con ellos vinieron la ruina y la desolacion, porque las tropas de Sertorio no escaseaban las escaramuzas y las batallas, y la infeliz España se veia convertida en juguete de las armas de ambos competidores. Mandaban estos ejércitos Quinto Cecilio Metelo y Gneo Pompeyo, y aunque dieron tres sangrientas batallas contra las tropas de Sertorio, perdiendo las dos primeras y quedando indecisa la victoria en la última, que tuvo lugar cerca de Denia, creyó Roma que la reduccion de Sertorio seria ya difícil, y prefirió intentar otros medios que nunca faltan en las luchas humanas. Hizo ofrecer á los soldados de Sertorio grandes ventajas, comenzaron estos á dejarse seducir, y pronto se vió desertar gran número de oficiales y soldados romanos, engrosando los ejércitos de Pompeyo y Metelo. «Sólo les faltaba, dice un historiador, acabar ya con el ilustre Sertorio, y fomentando el descontento de los demas jefes, sobornaron al fin á Perpenna, su lugarteniente, el cual, poniéndose á la cabeza de una tropa de conjurados, le asesinó á puñaladas en un convite que le preparó á este efecto en la ciudad de Huesca, el año 70 ántes de Jesucristo,

octavo de su permanencia en España. Así pereció este ilustre capitán, después de haberse cubierto de laureles por sus victorias, y granjeándose el amor de los españoles por sus virtudes, generosos sentimientos y amor á la libertad.»

No duró á Perpenna el mando con que se habia alzado. Raras veces, muy raras veces, dan buenos resultados las usurpaciones. Perpenna no tenia las virtudes ni el talento de aquel héroe, y pereció derrotado por Pompeyo, que castigó tambien severamente á todos sus cómplices. Entónces tuvieron que rendir los pueblos obediencia á Pompeyo, por haberse deshecho el ejército de Sertorio; pero siempre hay quien da pruebas de lealtad y consecuencia. Las ciudades de Osma y Calahorra no quisieron jurarle fidelidad, opusieronse con las armas, y sólo logró Pompeyo apoderarse de ellas cuando, después de un desastroso sitio, no quedaba ninguno de sus defensores.

Formóse por este tiempo en Roma aquel famoso triunvirato de Craso, César y Pompeyo, que al erigirse en árbitros de la república, debian minar los fundamentos de la libertad. Durante cinco años se distribuyeron sus más ricas y vastas provincias, tocando á Pompeyo el gobierno de la España. Mientras duró la buena inteligencia entre los tres amigos, nada ocurrió de particular en España, que estuvo regida por los lugartenientes Afranio, Varron y Petreyo. Pero la política es tan envidiosa, que no concede sus favores sino á trueque de grandes sinsabores. Todo lo que era armonía y amistad, tornóse odio

irreconciliable entre César y Pompeyo. Tomó aquel las armas contra su patria, se apoderó de Roma y de toda la Italia, pasó á España precipitadamente, y si bien al principio fué derrotado por Afranio, Varron y Petreyo, logró después vencerlos, y se apoderó de todo. Regresó á Italia sin pérdida de momento, y venciendo á Pompeyo en la famosa batalla de Farsalia, persiguiéndole hasta las orillas del Nilo, en Egipto, en donde el rey de aquella tierra, Ptolomeo, le mandó degollar, pudo proclamarse dueño del imperio, elevando sobre la tumba de la república una monarquía universal.

Quedaban todavía los hijos de Pompeyo; y creyendo que en España, auxiliados por los partidarios de su padre, hallarian reposo y acaso defensa contra la tiranía de César, pasaron á ella. No tuvieron inconveniente muchos españoles en ponerse bajo sus banderas; pero Julio César corrió hácia ellos con sus formidables huestes, y avistándose ambos ejércitos cerca de Munda, trabaron tan sangrienta batalla, que ya casi desconfiando de su resultado, el mismo César iba á quitarse la vida para no sobrevivir á su desgracia. No fué preciso tanto sacrificio. Sus soldados juraron morir ántes que verle derrotado, y haciendo un esfuerzo de valor, penetraron por entre las legiones enemigas, las acuchillaron y dejaron tendidos sobre el campo más de treinta mil combatientes. Quedó César dueño de toda España, y tuvo ésta, en consecuencia, el gobierno y las mismas instituciones imperiales que la gran metrópoli de Roma.

FLORENCIO JANER.



LA GRACIA DE DIOS

A LOS NIÑOS

Cuando clavais en el cielo
 las inocentes miradas
 y en la estrella que fulgura
 vuestro candor se retrata,
 esa apacible sonrisa
 que por vuestros labios vaga,
 es la sonrisa de un ángel
 que os trae la gloria en sus alas.

Y es que á vuestro pensamiento
 ningun delirio le arrastra;
 ni á vuestra pura conciencia
 el remordimiento asalta,
 ni os inquietan los recuerdos,
 ni os desvelan esperanzas.

Con sus misterios, apenas
 llega la noche callada,
 cuando los pájaros duermen,
 vuestra tierna madre canta
 por arrullaros el sueño
 que amante en sus brazos guarda.

Y así reposais tranquilos
 sin pensar en el «mañana,»

mas que al soñar en los besos
 de esa madre idolatrada.
 Y despertais ya gozando
 las caricias que soñábais,
 repitiendo dulcemente
 alguna santa plegaria.

Adivinar no sabreis
 lo que sentís en el alma.....
 pero esos divinos goces
 en el corazon se graban,
 para llorarlos perdidos
 cuando con los años pasan.

Esas estrellas del cielo
 que á vuestro candor halagan,
 y la sonrisa del ángel
 de quien la gloria se alcanza,
 y esa tranquila conciencia,
 y ese sueño en dulce calma,
 y los besos de una madre,
 y sus oraciones santas,
 son, niños, gracia de Dios...
 ¡no perdais de Dios la gracia!...

EDUARDO BUSTILLO.

LA NIÑA EN ORACION

